

Pronunciamiento en la conmemoración del quinto aniversario de los mártires de la UCA Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

El Salvador necesita realismo y esperanza

Al arribar al quinto aniversario de los mártires de la UCA conviene colocarnos ante ellos para preguntarnos dónde estamos y si hemos avanzado en cuanto a acercar el futuro por el cual ellos y todos los otros mártires del pueblo salvadoreño entregaron tan generosamente sus vidas. La pregunta no es retórica, pues cada vez es más frecuente escuchar que estamos muy bien y nos movemos en la dirección correcta. Al cumplirse un aniversario más de sus mártires, la UCA se considera obligada a pronunciarse para iluminar la andadura de El Salvador desde la realidad martirial.

1. Lo que queda por hacer y deshacer en El Salvador

Es innegable que El Salvador ha experimentado cambios importantes, pero no tantos ni tan profundos como establecían los acuerdos de paz ni como el país exige. Ciertamente se ha avanzado bastante en la desmilitarización, pero los militares todavía tienen un peso muy fuerte en la vida nacional; se disolvieron los cuerpos de seguridad represivos—exceptuando uno de ellos que lo hará próximamente— y se despliega la nueva policía y se trabaja en la seguridad pública, pero no han desaparecido en grado suficiente las violaciones de los derechos humanos como para considerar irreversible la pacificación del país; se abrieron espacios sociales para la participación de la ex guerrilla en la vida institucional de la nación, pero la forma tradicional de ejercer el poder

por parte de la oligarquía, no se ha modificado significativamente; los derechos humanos no se violan masivamente, pero persiste la violencia institucionalizada, agravada por la acción del crimen organizado y la delincuencia; se hicieron intentos para negociar un pacto entre el capital y el trabajo, pero fracasaron; la transferencia de tierra, la reforma del sistema judicial, la incorporación de los ex combatientes y la reconciliación nacional sólo han dado sus primeros pasos.

Con todo, El Salvador ha cambiado lenta y penosamente para bien. En la actualidad existen posibilidades para consolidar y profundizar las transformaciones a las cuales los acuerdos de paz dieron paso y lo mucho que queda aún por deshacer se puede conseguir a partir de esas posibilidades ofrecidas. Sin embargo, los cambios ocurridos son insuficientes porque la estructura del país sigue siendo tan injusta e irracional como antes de los acuerdos. Esta afirmación se fundamenta en los tres hechos siguientes.

(a) La mayor parte de los salvadoreños sigue viviendo en unas condiciones económicas que no le permiten satisfacer sus necesidades básicas, tal como lo acaban de reconocer los presidentes centroamericanos en la cumbre de Tegucigalpa. El régimen económico imperante, determinado en buena medida por el orden económico internacional, no sólo no ha podido superar la pobreza, sino que la ha extendido y profundizado, originando al mismo tiempo una minoría que se aprovecha de manera absolutamente desigual de la propiedad del capital en todas sus manifestaciones y de la distribución del ingreso. Aquí radica el principio básico de todos los problemas sin cuya solución los conflictos sociales rebrotarán constantemente.

(b) En esta injusticia estructural que —por medio de estructuras económicas, sociales, políticas y culturales— mantiene a la mayor parte de la población en situación de violación permanente de sus derechos humanos se encuentra el origen de la violencia. El ejercicio ilegal del poder coercitivo del Estado se hace necesario para mantener la estructura injusta que caracteriza a la sociedad salvadoreña. A esta violencia contribuyen los escuadrones de la muerte, el narcotráfico, el crimen organizado y la delincuencia común. Esta violencia es estructural al hundir sus raíces en el ejército, los funcionarios públicos, el partido gobernante y el capital. En El Salvador todavía hay grupos e individuos que recurren a la violencia para resolver los problemas, en concreto los de orden político, y quienes han hecho de ella un medio de vida.

(c) La democratización del país es muy relativa en cuanto se limita a establecer los mecanismos mínimos necesarios para gobernar a partir del respeto a la autoridad establecida en contraposición a los métodos ilegales y violentos. Se trata de una versión conservadora de la demo-

cracia en cuanto no promueve la participación —tampoco busca reprimir—, sino controlar la protesta social. Avanzamos, pero lo hacemos más hacia un régimen autoritario y verticalista que hacia una democracia abierta y participativa.

La lógica de la violencia sólo puede romperse atacando la raíz profunda del subdesarrollo económico y de la violencia institucionalizada. Ello requiere cierto consenso social y político sobre el camino a recorrer para salir del subdesarrollo y de la pobreza. Asimismo, requiere de una ayuda financiera internacional enorme de quienes dicen estar interesados en la democratización del país y de una presión internacional para que se respete la voluntad popular por encima de las instancias militares y empresariales y por encima de las dictaduras de partido. Se precisa también de una gran educación política, pues los simplismos ideológicos de derecha e izquierda enturbian la apertura mental a las exigencias mínimas de la realidad.

En estos momentos, ninguno de estos requerimientos se está dando. En la clase política salvadoreña predominan la falta de visión y los intereses creados. La comunidad internacional, incapaz de mantener su apoyo por mucho tiempo, cada vez pierde más el interés en El Salvador. En el pueblo se constata el desánimo, el desencanto y la frustración por lo poco que ha conseguido a partir de los acuerdos de paz y por el abandono de sus dirigentes de ayer, algunos de los cuales no logran aún articular su nueva realidad de políticos con la de dirigentes populares. Otros han abandonado al pueblo conscientemente. No obstante, en el pueblo salvadoreño también existe la decisión firme de vivir. Esta decisión no se la ha podido quitar nada ni nadie y si hubiese un liderazgo que sintonizara mejor con ella, en las mayorías populares podría despertar una nueva esperanza.

Por lo tanto, el estado de la realidad nacional no da pie para el optimismo de los irresponsables que se conforman con unos cuantos cambios superficiales, pero sí permite comenzar a trabajar para erradicar la injusticia estructural y para dedicarse al establecimiento de una justicia siempre mayor. Por eso, pese a los obstáculos que hay que vencer, existen razones suficientes para renovar el compromiso de los mártires por liberar al país de la injusticia estructural y de la violencia institucionalizada.

La tarea para transformar El Salvador es ingente, pues los obstáculos que hay que superar son enormes. Sin embargo, sólo haciendo transformaciones profundas de largo plazo se podrá avanzar hacia la democratización y la justicia. Para llevar a buen término esta ardua tarea son necesarias dos actitudes fundamentales: el realismo y la esperanza.

2. El principio de realidad lleva a una justicia siempre mayor

La superación de estos males estructurales pasa por la superación de los pragmatismos de derecha e izquierda que quieren encontrar soluciones rápidas y fáciles, más guiados por las apariencias y los intereses subjetivos que por la realidad y la objetividad, a los graves problemas nacionales. El pragmatismo busca toda clase de alianzas y arreglos sin preocuparse mucho de su solidez, puesto que en el futuro actuará tan pragmáticamente como en el presente. Recurre al engaño y a la tergiversación para asegurarse algunos puestos de poder desde los cuales, más tarde, piensa seguir avanzando sus posiciones.

La propuesta de los pragmatistas no es una verdadera solución, porque no enfrenta seriamente las causas de la injusticia estructural. La solución debe buscarse en otra línea, en aquella en la que la buscaron Ignacio Ellacuría y sus compañeros mártires. Para éstos, la solución verdadera es el realismo, dando al término su significación filosófica honda. Los realistas pretenden responder a la realidad, pero sin confundirla con sus apariencias y sus exigencias inmatematistas. Pretenden actuar regidos por la realidad, duramente vivida y largamente escrutada en el momento de proponer soluciones.

Los realistas aceptan la dificultad del problema y la complejidad de los intereses que dificultan su solución, pero parten del supuesto de que sólo atentos a la realidad de la situación y de los agentes sociales se podrá alcanzar una verdadera solución. Y esto no de golpe, sino en un proceso largo, al cual debe asegurársele un buen inicio y una continuidad controlada. La postura realista mantiene que el principio fundamental de los males nacionales se encuentra en la injusticia estructural que se muestra como violencia institucionalizada. Una violencia primaria contra la cual hay que estar y la cual ha de erradicarse, so pena de no arreglar nada a fondo (ver I. Ellacuría, Veinte años de historia, p. 1146ss).

El realismo se caracteriza por tres actitudes. La primera de ellas es la clarividencia que, en términos más clásicos, es la prudencia. Etimológicamente, el prudente es el que ve lejos, el providente, el que tiene la mirada puesta adelante, más allá del presente inmediato. Ahora bien, no se puede mirar a lo lejos con responsabilidad sin tener muy claro el presente desde el cual se mira. Esta mirada, larga y objetiva, es elemento indispensable.

La postura realista prescinde de intereses egoístas y particulares y hace un ejercicio permanente por determinar los fines más razonables y los medios más eficaces. En las cuestiones políticas, el principio de realidad, entendido no como aceptación resignada de lo que se da, sino como búsqueda, en lo que hay, de lo que debe haber, es clave para

adquirir la virtud de la prudencia.

La actitud realista necesita de otra virtud, de la misericordia, entendida como tener el corazón y la cabeza puestos en aquellos que sufren. Tanto por razones de humanidad como por razones de cristianismo, el lugar preferencial del corazón está en las mayorías oprimidas. No se trata sin más de una filantropía general ni de una caridad universal, sino de algo más preciso. En El Salvador de hoy no se puede ser realista ni se está en buena disposición para encontrar las soluciones eficaces si el corazón de quienes buscan no está puesto prioritariamente en aquellos que más sufren por la prolongación y el agravamiento de una situación de miseria.

Esta no es una postura meramente moralizante y poco política. Sin misericordia se podrá ser pragmatista, pero no realista. Los condicionamientos de los lugares donde uno se sitúa para encontrar respuesta a los problemas teóricos y prácticos son de gran importancia para favorecer o dificultar ese encuentro. En El Salvador, un lugar que no sea el de las mayorías populares sufrientes, es un lugar irreal para encontrar soluciones justas y ajustadas. Frente a esas mayorías ha de tenerse, ante todo, una actitud de misericordia.

De ahí que la posición realista exija también otra actitud, repudiar toda forma de injusticia y entregarse al establecimiento de una justicia siempre mayor. La misericordia debe completarse con una verdadera hambre y sed de justicia, entendida como rechazo de una situación intolerable y como promoción de un orden que responda, al menos en lo mínimo, a las necesidades y expectativas de quienes siempre han sido privados de aquello que les es debido. Esta actitud en favor de la justicia exige mucha fortaleza, mucha actividad y mucha capacidad de sacrificio y no está en contradicción con la misericordia, pues ésta pone delante de los ojos las necesidades y los sufrimientos de los más pobres, cuyo aplastamiento por los poderosos suscita fuertes sentimientos y acciones en su favor, y, en consecuencia, en contra de los responsables de tanto mal y de tanta injusticia. La misericordia subraya que el principio de la lucha contra la injusticia no es el odio frente al agresor, sino la compasión con la víctima.

3. La sangre martirial es fuente de esperanza

En El Salvador, durante muchos años, se derrochó mucho amor y de ahí surgió una gran esperanza. Con el fin de la guerra y con los acuerdos de paz pareció que casi tocamos con los dedos lo que por tanto tiempo tantos habíamos esperado, pero no ha sido así. La vida —aquello por lo que se derramó tanta sangre con tanto amor— sigue siendo una carga muy pesada para la mayoría de los salvadoreños. Por consiguien-

te, sacar fuerzas para mantener la esperanza que se desvanece sigue siendo una tarea urgente y muy necesaria.

Duele mucho que el pragmatismo imponga la desconfianza, la resignación y el desencanto. Muchos se preguntan desconcertados si tanto sufrimiento y tanta generosidad han servido para algo. La simple pregunta indica que la prudencia, la misericordia, la lucha por la justicia y la esperanza son virtudes del pasado y de las cuales pocos quieren oír en la actualidad. Sin embargo, los salvadoreños queremos vivir, aunque ello suponga abandonar la familia y el terruño e irse a Estados Unidos o explorar formas nuevas de organización comunitaria para buscar condiciones de vida mejores. Las dos experiencias nos hablan de cómo los pobres nos dicen que, pese a todo, quieren sobrevivir. Este deseo y esta esperanza son muy cristianos, pues Dios siempre se nos ha presentado como una promesa de vida. El libro del Exodo lo formula utópicamente, prometiendo una tierra que "mana leche y miel", e Isaías, con un lenguaje más sencillo, pero no menos utópico, anunció "el trabajar en la milpa o en la construcción y comer de los frutos de la tierra y tener una casita". Jesús prometió vida en abundancia a quienes creyeran en el reino de Dios y se comprometieran con su construcción. La vigencia de la promesa sigue siendo válida, porque la realidad la niega y la amenaza constantemente.

El deseo prioritario de las mayorías y Dios convergen. Indudablemente, los pobres esperan que la vida y un mínimo de dignidad, justicia y verdad sean posibles. Ahora bien, tener esperanza no es simplemente esperar con los brazos cruzados, sino trabajar y luchar para conseguir lo que se espera. Eso es lo que nos han enseñado nuestros mártires, los Mons. Romero, los Ellacuría y los miles de campesinos y campesinas que dieron lo mejor de sí mismos para transformar esta sociedad injusta en otra compasiva y humana. La pregunta es, entonces, de dónde sacar fuerzas para comprometernos en esa lucha contra la injusticia y en favor de la construcción de una sociedad más justa. Cómo seguir diciendo la verdad y desenmascarando la corrupción, cómo seguir organizándonos y viviendo en comunidad sin sucumbir a la tentación de la comodidad y del individualismo.

En la actualidad, no es fácil tener esperanza, pero es necesario y es posible. Ciertamente, no toda vida es ocasión de esperanza, pero sí lo es la vida de los mártires que, por amor, cargaron sobre sí con el pecado social, siguiendo el ejemplo de Jesús. Todas las cosas, grandes y pequeñas, hechas con compasión y amor son fuente de esperanza. Para que haya esperanza —si es que realmente se busca— basta con que haya amor. Otra cosa es cuánta eficacia traiga el amor. El amor ilumina lo que hay que hacer y da fuerza para comenzar a hacerlo. El amor genera

esperanza. La contraprueba de esta verdad es que para las mayorías pobres es peor el desamparo que ahora experimentan que la pobreza secular que han sufrido. Ambas cosas duelen, pero el desamparo, además, paraliza para la acción. Cuando el amor es real, con sufrimiento o sin él, las parálisis se superan y se ponen manos a la obra. Entonces, hay esperanza.

Esto es lo que está en juego en el recuerdo de los mártires. Muchas veces hemos dicho que en estas muertes hay inmensa oscuridad, pues se trata de seres humanos asesinados, pero también hay una inmensa luz, porque se trata de mártires. Recordar la barbarie no es masoquismo, sino honradez con lo real y voluntad de verdad. Recordar la generosidad y la entrega no es autoengaño ni voluntarismo barato, sino agradecimiento por un amor tan grande y por la necesidad de tener ante nosotros a personas que nos animan porque pasaron haciendo el bien.

Cada día son más los que piensan que ya pasó el tiempo para recordar a los mártires. Algunos quizás se sienten molestos, otros tal vez nos acusen de no caer en la cuenta de que los tiempos han cambiado o de que nuestros análisis son inmaduros. Algunos nos aconsejen benevolentemente que nos olvidemos de la esperanza y que sigamos su ejemplo convirtiéndonos al pragmatismo, para ello incluso citan el nombre del P. Ellacuría.

Pero la vida que éstos ofrecen y la que auguran en un futuro próximo no es ocasión para la esperanza. En cambio, los mártires sí lo son. Así lo pensó I. Ellacuría meses antes de su martirio. Sus siguientes palabras parecen un desatino, pero siguen teniendo una gran fuerza y en cualquier caso, todavía nadie nos ha convencido de lo contrario: "toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza".

*San Salvador, 16 de noviembre de 1994.
Junta de Directores.*